

Las cosas del enfermar

Antifaz y tapones

“Esta fotografía la tomé para que veas lo que utilizo cuando tengo dolor. Un antifaz para taparme los ojos y tapones para los oídos. Lo que quiero explicar con esta fotografía es que, cuando me duele la cabeza, me molesta la luz y los sonidos, y estos dos objetos son mi protección frente al mundo.”

— Agostina



Estas son las palabras con las que Agostina me habló de la imagen que capturó con su cámara. Lo que más resalta en su descripción es la palabra protección. No es una elección cualquiera: evoca la necesidad de amparo, de cuidado, de refugio. Según la Real Academia Española, proteger es “amparar, favorecer, defender a alguien o algo”. Es un verbo que requiere una acción dirigida hacia un otro. Y aquí es donde su testimonio se vuelve tan revelador: en este caso, no es una persona quien la protege, sino dos objetos humildes —un antifaz y unos tapones— que asumen el rol de guardianes cuando el dolor se vuelve insoportable.

En esos momentos de crisis, en los que nadie más puede intervenir, son esos objetos los que se vuelven su escudo. No son cosas neutras ni meros instrumentos: son extensiones sensibles de su cuerpo doliente. Son lo que la separa del mundo y, a la vez, lo que le permite seguir estando en él. La relación que Agostina establece con ellos está atravesada por una carga afectiva intensa; no son simples objetos, son objetos que cuidan.

Para quienes conviven con el dolor, los objetos cotidianos se transforman. Pierden su neutralidad y adquieren nuevas significaciones. Algunos se vuelven hostiles: una silla demasiado dura, una lámpara encendida, incluso una simple puerta que hay que empujar. Cuando el cuerpo está mediado por el dolor, todo en el entorno —mesas, camas, ruidos, luces— se vuelve potencialmente amenazante. En este contexto, protegerse significa aprender a habitar el mundo desde otro lugar, con otro ritmo, con otras necesidades.

Sara Ahmed propone que nuestra relación con los objetos está mediada por la orientación de nuestro cuerpo hacia ellos. El modo en que llegamos a los espacios, cómo los recorremos, con qué cosas entramos en contacto, todo eso configura nuestra experiencia del mundo. Y en el caso de un cuerpo con dolor, esa orientación cambia profundamente. La percepción se vuelve más selectiva, más intensa. Los objetos no se presentan simplemente como “cosas ahí”, sino como entidades cargadas de sentido. Como dice Ahmed, “no es solo que la conciencia se dirija hacia los objetos, sino que tomo diferentes direcciones hacia ellos: me pueden gustar, admirar, molestar, o incluso doler”.

Así, los objetos que rodean a un cuerpo con dolor no son universales, sino profundamente personales. Están cargados de historias, de afectos, de memorias. En la fotografía de Agostina, el antifaz y los tapones se presentan como mediadores entre ella y un mundo que, en esos momentos, se vuelve demasiado violento para ser habitado sin ellos. Nos invitan a pensar en los objetos no solo por su materialidad, sino por la intimidad emocional que permiten. Una fenomenología queer del dolor y los objetos, como la que propone Ahmed, nos impulsa a mirar el mundo de nuevo, con extrañeza, reconociendo que hasta lo más cotidiano puede ser lo más vital.

Volver queer la fenomenología no es simplemente un ejercicio teórico: es un gesto radical que permite ver cómo ciertas experiencias corporales —particularmente aquellas marcadas por el dolor, el desarraigo o la diferencia— trastocan el mundo tal como lo conocíamos. Estas experiencias arrancan al cuerpo de sus coordenadas habituales, desestabilizan la confianza en los fundamentos cotidianos y nos colocan, literalmente, fuera de lugar. Pero también —y aquí está la esperanza— permiten que lo familiar vuelva a bailar con la vida. Que lo cotidiano, lo pequeño, lo dado por sentado, recobre su potencia transformadora.

En este contexto, los objetos ya no son meros instrumentos pasivos. Tienen historias, tienen agencia afectiva, tienen un mundo social propio. Como si se movieran con nosotros, como si bailaran a nuestro ritmo, o nos obligaran a cambiarlo. Lo que puede parecer un argumento extraño o incluso poético, es en realidad una afirmación epistémica profundamente poderosa: la fenomenología queer nos permite comprender cómo el contacto con un objeto puede dejar una huella emocional, una impronta sensible en el cuerpo.

La única forma de desentrañar esa potencia afectiva es contar las historias que suelen quedar enterradas. Historias íntimas, pequeñas, invisibles. Historias que explican no solo qué nos afecta, sino cómo nos afecta, y por qué algunos objetos —una almohada, un antifaz, unos tapones— pueden convertirse en salvavidas cuando todo lo demás falla.

En el caso de Agostina, estos objetos no solo alivian un síntoma; construyen estructuras de sostén. No son simplemente cosas: son formas de cuidado, vínculos íntimos con un mundo que, en sus momentos más crueles, resulta inhabitado por otros. Ella se refugia en lo que su cuerpo reconoce como seguro. Ahí, donde el mundo humano ya no alcanza, el cuidado emerge desde otro lugar. Desde un antifaz que la cubre de la luz, desde unos tapones que le devuelven el silencio, desde el gesto de un cuerpo que aprende a encontrar abrigo en lo mínimo.

Y esto nos obliga a repensarlo todo: quizás el cuidado no es solamente un acto humano entre humanos. Quizás convivimos y nos cuidamos en un mundo más amplio, más poroso, más que humano. Allí donde la fenomenología queer se entrelaza con la experiencia del dolor, se abre la posibilidad de ver los objetos no solo como útiles, sino como aliados. De entender que, a veces, lo más tierno, lo más profundamente empático, puede venir de lo que no habla, no toca ni responde en palabras, pero que, sin embargo, está.

Autoría del texto: Dresda E Méndez de la Brena